

Año 3
Número 3
verano 2016

Revista de Políticas Sociales

Reflexiones en torno a la naturaleza y la perennidad del Movimiento Peronista

Oscar Esperanza

Docente de la
Licenciatura en
Trabajo Social
UNM

oscaresperanza40@hotmail.com

El 16 de septiembre de 1955 se iniciaba un golpe cívico-militar autodenominado “Revolución Libertadora”. Nuestra historia política ya registraba dos antecedentes de interrupciones de facto de gobiernos democráticos en el nivel nacional.¹ Pero esta vez las consecuencias de este accionar –incluyendo a las víctimas del bombardeo a la Plaza de Mayo efectuado el 16 de junio de 1955 por los golpistas– serían sumamente gravosas para el sistema institucional argentino porque, debido a la proscripción del peronismo y al fracaso de los posteriores intentos de integración del mismo a la vida política nacional, se fueron gestando las condiciones de movilización, lucha y radicalización de vastos sectores de las clases populares argentinas, en un clima epocal contestatario y revolucionario que caracterizó a las décadas del sesenta y del setenta, contexto en el cual la juventud se irá construyendo como uno de los actores sociales, culturales y políticos fundamentales y que gravitará decisivamente para modificar un *statu quo* que consideraba injusto. Particularmente interesante es la manera en que este clima de época influyó en la Iglesia Católica y en un sector importante de la juventud católica argentina.

Se vivía un gran desencanto por la democracia liberal de los gobiernos tutelados por las Fuerzas Armadas del período 1958-1966 y por las dictaduras, pero especialmente ese desencanto se originaba por la “democracia social” perdida con el derrocamiento del peronismo, que afectó a las clases populares, mayoritariamente peronistas. Así, cuanto más esfuerzo pusieron “los libertadores” para “desperonizar” a la sociedad, más se idealizaba al peronismo desde los sectores populares que habían sido sus beneficiarios.

1. Expresión que debe ser relativizada al referirse a los gobiernos del período 1932-1943 (De Privitellio, 2009; Tato, 2009).

El daño causado al sistema institucional argentino por la “Revolución Libertadora” y la proscripción del peronismo tuvo consecuencias sumamente dramáticas para el conjunto de la sociedad argentina, porque fue creando las condiciones para el surgimiento de la violencia política que alcanzaría su cenit en los años setenta, y que de hecho comenzó con el ya mencionado bombardeo y los posteriores fusilamientos de civiles y militares tras el derrotado movimiento del 9 de junio de 1956 (Calveiro, 2008).

La compleja naturaleza del peronismo

Es imprescindible preguntarse por qué el peronismo siguió vigente en el imaginario colectivo de vastos sectores de las clases populares, pese a la proscripción, a la tipificación delictiva del decreto 4161/56, a la política de “desperonización” y a la “educación democrática” de los golpistas del 55.

El peronismo ha demandado –y lo sigue haciendo– los mayores esfuerzos hermenéuticos para desentrañar su compleja naturaleza. La primera calificación que mereció el peronismo por parte de liberales, socialistas y comunistas, fue la ser una ideología nazi-fascista o un “fascismo criollo”. En esa dirección se expresó Carlos Fayt, actual Ministro de la Corte Suprema de Justicia Nacional, apoyando su razonamiento en los siguientes elementos: el fascismo y el peronismo dieron primacía a la acción por sobre la doctrina; exaltación de valores como el orden, la jerarquía y la disciplina; antiliberal y anticomunista; identidad entre movimiento-doctrina-nación-líder y los deseos de éste; oposición a la lucha de clases y objetivo de constituir un régimen corporativo; concepción expansiva de los objetivos estatales, subordinando al individuo a la grandeza o a la unidad nacional (Rein, 1998). No obstante, como señala



Raanan Rein, a diferencia de los fascismos europeos, el eje central del peronismo estaba formado por gran parte de la clase obrera y de los sindicatos, de allí que Seymour Lipset califique al peronismo paradójicamente como “fascismo de izquierda”. Tampoco puede hallarse en el peronismo un carácter expansionista con aspiraciones imperiales, tal cual se verificó en los fascismos europeos.

Otros investigadores asimilaron el régimen de Perón al totalitarismo. Es el caso de Gino Germani, que sostenía que se trataba de un sistema totalitario en el cual Perón manipuló a las “masas disponibles” que carecían de conciencia de clase y de formación política (Germani, 1968). Pero el mote de totalitarismo no se ajusta a un régimen que accedió al poder a través de elecciones y se sostuvo por la misma vía. Tampoco hubo un sistema unipartidario, aunque sí existieron limitaciones a la oposición, a la libertad de expresión y también un intento de peronización de la sociedad a través de la imposición de una “doctrina nacional” (Plotkin, 2013), y si bien hubo torturas a detenidos opositores, lo cual constituye una grave violación a los derechos humanos, no hubo ejecuciones ni desapariciones (Rein, 1998). También el justicialismo ha sido asimilado a una forma de “bonapartismo”, al estilo de Bismarck en la Alemania de la segunda mitad del siglo XIX.

Pero existen otras interpretaciones conceptualmente más fértiles y complejas, que lo ubican entre los movimientos populistas latinoamericanos, categoría que ha sido utilizada desde la derecha y la izquierda política, generalmente en forma despectiva (Rein, 1998). El historiador

Michael Conniff ubica a los movimientos populistas latinoamericanos en dos momentos: en el primero, los que actuaron en el período de entreguerras mundiales, siendo sus demandas de naturaleza política, con el objetivo de lograr un sistema representativo y legítimo mediante una política de masas que no abordó temas sociales relevantes (sería el caso del radicalismo en Argentina); en el segundo momento, los movimientos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, que enfrentaron situaciones económicas y sociales enmarcadas en procesos de industrialización locales, y que se caracterizaron por desplazar recursos de la agricultura a la industria e incrementar los ingresos y el nivel de vida de la clase obrera (Rein, 1998). En este contexto era vital encontrar una solución a la cuestión social, logrando una integración policlasista que evitara la conformación de un proceso revolucionario de signo marxista. Así, el peronismo se propuso la vía pacífica y reformista para la solución de la desigualdad social, enfatizando la preeminencia del Estado, pero sin cuestionar la propiedad privada de los medios de producción. Se reivindicó la condición del “trabajador”, el rol de los sindicatos y la cultura popular.

Como todo movimiento populista, el peronismo fue conducido por un líder carismático, pero que también contó con la función mediadora de personalidades que provenían de diversos sectores sociales y políticos, y que fueron importantes en su aporte a la movilización de apoyo a Perón, a la estructuración de su liderazgo y la conformación de la doctrina justicialista (Rein, 1998; Salomón, 2012).

El peronismo en el poder, 1946-1955

El peronismo en el ejercicio concreto del poder presentó aristas críticas, algunas de las cuales han sido analizadas por Mariano Plotkin. Para este autor, Perón fue un político pragmático que se nutrió de las ideas de su época, de la derecha católica, de la experiencia de su vida militar y de su viaje a Europa, especialmente a Italia y España, a principios de la Segunda Guerra Mundial, lo que le permitió conocer el fascismo. De allí habría extraído como conclusión la necesidad de controlar a las masas para evitar desbordes revolucionarios, algo que habría logrado durante sus gobiernos mediante la “movilización controlada de las masas a través de rituales políticos” (Plotkin, 2013: 52). Con ello lograría instalar la imagen de una relación directa con el pueblo y además advertiría indirectamente a la oligarquía con movilizaciones masivas. Una idea fuerza que Perón habría tomado de su vida militar y que habría aplicado a la política refiere a la “unidad espiritual” para lograr un “único pensamiento” en toda la sociedad, de allí que la “doctrina peronista” fuera declarada “doctrina nacional” por ley del Congreso en 1952. La aspiración habría sido la siguiente: “la sociedad tendrá que ser una armonía en la que no se produzca disonancia alguna, ni predominio de la materia, ni estado de fantasía. En una armonía que preside la norma puede hablarse de colectivismo logrado por la superación, por la cultura, por el equilibrio. En tal régimen no es la libertad una palabra vacía, porque viene determinada su incondición por la suma de libertades y por el estado ético y moral” (conferencia de Perón en Mendoza, 9 de abril de 1949, en el acto de clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía, citada por Plotkin, 2013: 54). Perón habría ido desplazando su discurso desde lo político a lo social, creando la imagen de que su legitimidad no se originaba sólo en los resultados electorales, sino fundamentalmente en una relación particular que sólo él tenía con el “pueblo”, mientras la oposición, que era estigmatizada como el “antipueblo”, cuestionaba dicha fuente de legitimidad. Así, para Plotkin, Perón intentó crear la imagen de una “unidad espiritual” que no pudo plasmar en la realidad, para lo cual recurrió a la exclusión de la oposición del ámbito de un discurso político legitimado y a la creación de un sistema de mitos y símbolos que sentaban las bases de un verdadero imaginario político peronista (Plotkin, 2013).

Sin embargo, no puede negarse que el peronismo redimensionó la noción de ciudadanía en un contexto más amplio, fundamentalmente social. Por eso el discurso peronista fue parte de un lenguaje de protesta frente a la exclusión política que no había permitido el acceso pleno a los derechos políticos. Denunciaba así la hipocresía de una democracia formal pero no real. Por eso Perón se dirigió a los trabajadores como fuerza social que demandaba ser representada, pero tal representación no se agotaba en el ejercicio de los derechos formales del ciudadano con la mediación de los partidos políticos. Ahora la clase trabajadora se presentaría como fuerza social autónoma con acceso directo al Estado a través de sus sindicatos (James, 1999). Indudablemente, el crédito político del que gozó el peronismo entre los trabajadores fue muy elevado y se debió a lo concreto de su retórica y a la evidencia de sus realizaciones que mejoraban sustancialmente sus condiciones de vida. Según James, el peronismo tuvo un impacto herético en la sociedad argentina, lo cual debe sopesarse a través de factores tales como el orgullo, el respeto por sí mismos y la dignidad de los trabajadores. Ese impacto se hizo evidente en el empleo del lenguaje que hizo el peronismo. Así, términos que habían sido utilizados con intencionalidad humillante, como “descamisado”, “grasita” o “negro”, eran ahora reivindicados y dignificados como propios de una identidad que ahora tenían centralidad social y política en el Estado.

Pero, asimismo, es necesario destacar que en el ejercicio concreto del poder, el peronismo limitó el contenido herético que inicialmente expresó. El Estado peronista trató de institucionalizar la “herejía” en el seno de una ortodoxia que actuaba con efecto de una desmovilización y burocratización bajo su tutela. De esta manera, la ideología peronista predicó la necesidad de armonizar los intereses del capital y el trabajo bajo la órbita de un Estado protector. De allí que el legado del peronismo hacia los trabajadores sea ambivalente y las tensiones que de ello resultaron fueron importantes. Quizá la principal, como plantea James (1999), se centra la tensión entre el significado del peronismo como movimiento social y sus limitaciones como forma del poder estatal.

Derrocamiento y proscripción, la vigencia del “hecho maldito”

En Argentina el peronismo fue proscrito desde 1955 bajo elípticas promesas de integración (O'Donnell, 1982; Melón Pirro, 2009). El objetivo histórico que se planteaban los golpistas era “destruir el totalitarismo y reconstruir la democracia” (Directivas Básicas del 7 de diciembre de 1955, citadas en Melón Pirro, 2009: 126). A lo largo de diecisiete años se ensayaron distintas alternativas para encontrar la “solución final” al “hecho maldito del país burgués” (Cooke, 1973: 81): Lonardi, “peronismo sin Perón”; Aramburu, “proscripción y represión”; Frondizi, “integrista”; Illia, “democratización progresiva”; Onganía, “solución biológica” (gobernar durante veinte años, lapso durante el cual Perón se moriría, y “muerto el perro se terminaría la rabia”); Lanusse, “el GAN” (Gran Acuerdo Nacional), para imponerle condiciones a Perón para su retorno, neutralizar a la izquierda peronista y desarmar a las “formaciones especiales” (Manson, 2000). Todas estas alternativas fracasaron y el peronismo siguió vigente. Un aspecto nuevo lo constituyó la importante adhesión de una juventud que en numerosos casos provenía de familias antiperonistas.

A partir del derrocamiento del gobierno peronista el país vivió un largo período de inestabilidad política y socio-económica, o como han dicho muchos, “la Argentina vivía desde el 55 una guerra civil larvada”.² Desde el golpe de Estado de 1955 hasta 1973 (en que retorna el peronismo al gobierno) estuvieron vigentes los principios de la “Revolución Libertadora”, cuyos objetivos fueron: “reeducar al pueblo engañado por el tirano” e impedir el retorno a los tiempos de “la segunda tiranía” (Veiga, 2010: 25). Todos los gobiernos del período estuvieron tutelados por las Fuerzas Armadas, que previamente sufrieron un proceso de depuración de los restos de “totalitarismo peronista” que pudieran quedar en ellas.

La política tuvo tres ejes permanentes: darle una “solución final” a la “cuestión del peronismo”, superar el problema estructural de la economía y alinear a la Argentina en el Occidente Cristiano, lejos de la “despresti-

giada Tercera Posición”.³ Pero el peronismo siguió constituyendo el canal de expresión y movilización de una heterogénea constelación de fuerzas, cuya presencia central eran los trabajadores. Sin dudas, la experiencia del gobierno peronista en el período 1946-1955 tuvo para la sociedad argentina consecuencias políticas, económicas, sociales y culturales que se extenderían por décadas. Los trabajadores, en su mayoría, sentían el peronismo como su identidad política y cultural, como resultado de una experiencia que les había permitido vivir tiempos felices y, fundamentalmente les había posibilitado un protagonismo inédito en el país.

El contexto de los años 60 y 70, el compromiso de los jóvenes

Las características del contexto histórico que las grandes potencias vencedoras fueron conformando en la posguerra incidieron en los procesos históricos, sociales, políticos y culturales que se produjeron en el mundo en general, y en América Latina en particular. Procesos que influyeron a su vez en la disconformidad y el rechazo que asumieron los jóvenes, quienes como hemos ya señalado fueron uno de los principales actores sociales y políticos de las décadas del sesenta y del setenta, y se transformaron en un verdadero símbolo epocal.

El nuevo orden internacional que surgió de la segunda conflagración mundial se caracterizó por la Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, una forma de conflicto larvado por la hegemonía mundial que involucró a sus respectivas “zonas de influencia”. La singularidad de este enfrentamiento consistió en que ambas superpotencias evitaron el enfrentamiento militar directo. La alternativa consistió en el desarrollo de una estrategia para atraer a otros países hacia sus respectivas influencias por medio de alianzas político-militares y vinculaciones económicas. El continente americano entró de lleno en la Guerra Fría a partir del triunfo de la revolución liderada por Fidel Castro en Cuba y su progresivo acer-

2. Expresión reiterada por varios intelectuales y dirigentes de organizaciones guerrilleras.

3. Expresión del almirante Issac Rojas al criticar la política exterior del presidente Frondizi como continuación de la política peronista en dicho ámbito (Manson, 2000).

camiento al bloque soviético, proceso en el cual el gobierno norteamericano tuvo enorme responsabilidad (Huntington, 1997). La injerencia de la Cuba socialista en su “patio trasero” determinó a Estados Unidos a regir su política exterior con los países latinoamericanos según los postulados de la “Doctrina de la Seguridad Nacional”, enseñados como dogmas por la Escuela de las Américas, donde se adoctrinó a los comandantes y oficiales superiores de las Fuerzas Armadas de la región. Las tradicionales hipótesis de conflicto de los ejércitos se modificaron: en la guerra contrainsurgente no hubo fronteras políticas sino ideológicas, el enemigo no fue exterior, sino interno (Halperín Donghi, 1992).

La disconformidad de los jóvenes frente al mundo bipolar y su secuela de injusticias generadas tanto por el capitalismo occidental como por los “socialismos reales” de los países comunistas (Puelles, 1968), sumados a los cambios sociales, económicos, políticos y culturales, incidieron en el surgimiento de rebeliones juveniles en distintos lugares del mundo (Romero, 2008). Esa disconformidad se expresó por medios pacíficos y también violentos en lugares tan distantes y diversos culturalmente como Perú, Checoslovaquia, Estados Unidos, Japón y China (Puelles, 1968). El “socialismo con rostro humano”, un proyecto del líder del Partido Comunista checo, Alexander Dubcek, llevado a cabo durante la “primavera de Praga”, consistía en una serie de reformas democráticas: libertad de prensa, independencia del poder judicial, tolerancia religiosa, etcétera. Fue brutalmente reprimido en 1968 por 650.000 soldados del Pacto de Varsovia. Doce años antes, en Hungría, la represión soviética había aplastado un intento similar (Romero, 2008).

En Estados Unidos, y posteriormente en otras sociedades occidentales, se produjo un movimiento social transformador. Gran parte de los jóvenes, a los que se comenzó a llamar “hippies”, se rebelaron contra la “sociedad de consumo”, buscando una forma de vida alternativa y nuevas formas de relaciones interpersonales (Hobsbawm, 1998). Cuestionaron la familia burguesa y practicaron la vida comunitaria y el “amor libre”, rescataron la importancia de las filosofías orientales y reivindicaron la búsqueda de la interioridad a través de la meditación y el consumo de estimulantes tales como la marihuana y el LSD. A través de estos nuevos valores diseñaron una “contracultura”, es decir, una cultura alternativa a la del sistema capitalista imperante en el mundo occidental (Macdonald y Plumier, 2000). La estética del “hippismo” se expresó a través de la música rock, el arte “psicodélico” y la indumentaria de formas y colores llamativos, totalmente informales.

En Francia, durante mayo de 1968, los estudiantes universitarios se rebelaron contra los anticuados planes de estudio, la CGT declaró una huelga general mientras los jóvenes universitarios resistieron la represión tras improvisadas barricadas en el Barrio Latino de París. “La imaginación al poder” y “prohibido prohibir”, fueron algunas de las consignas que se enarbolaron durante la lucha. Pero no sólo en Francia se rebelaron los jóvenes. También en México, Gran Bretaña, Alemania Occidental y Bélgica las universidades se transformaron en comunas. Mientras en Estados Unidos los jóvenes de la Nueva Izquierda protestaron contra el sistema de elección de sus dirigentes.

Al respecto, es muy significativo lo señalado por la Junta Central de la Acción Católica Argentina (1969): “la juventud es sin lugar a dudas el sector que más radicalmente y con mayor estridencia expresa la crisis del mundo contemporáneo. La rebeldía de los revolucionarios, el desinterés de los indiferentes, la marginación deliberada de los que se niegan a adaptarse, constituyen diversas formas más o menos activas de un mismo rechazo al ‘orden establecido’, a la sociedad y a los valores de los adultos”. La juventud argentina no estuvo al margen del clima epocal de rebelión y de lucha que alcanzó momentos álgidos en los estallidos sociales y movilizaciones colectivas que se produjeron a partir de 1969 y cuyo momento fundacional lo constituyó el “Cordobazo”. Es innegable que la “Revolución Argentina” tuvo el efecto de potenciar el posicionamiento en determinados ámbitos católicos: los cursillistas y los grupos conservadores apoyaron al gobierno, mientras que los sectores que adherían al Concilio Vaticano II repudiaron la estrecha vinculación de algunos sectores eclesiales con el régimen. La presidencia de Onganía generó expectativas positivas en el Vaticano, lo cual se desprende del beneplácito de la Secretaría de Estado por la situación argentina a fines del año 1966: “¿acaso no prometía el régimen militar conducir una vez más la proa del gobierno argentino hacia el mar de la ‘nación católica’?” (Di Stefano y Zanatta, 2000: 515). Como reacción a esta fuerte vinculación entre estos sectores católicos y el gobierno, algunos voceros de los sectores que apoyaban la renovación conciliar tomaron distancia claramente de esta “alianza”. El 28 de julio de 1966 el obispo de Goya, Alberto Devoto, declaró públicamente su inquietud por la idea de la existencia de un claro compromiso entre la jerarquía católica y el gobierno. En el mismo sentido se expresó Quarracino pocos días después. En agosto monseñor Podestá, obispo de Avellaneda, se pronunció en términos similares (Pontoriero, 1991).



Mientras esta cuestión se planteaba en el nivel de la jerarquía de la Iglesia Católica Argentina, los sectores medios del catolicismo se veían afectados por “la noche de los bastones largos”, es decir, la intervención del gobierno de facto en las universidades llevado a cabo el 28 de julio de 1966. Durante el hecho fueron apaleados por la Guardia de Infantería estudiantes, docentes, investigadores y rectores, que en actitud de resistencia pasiva se encontraban en el interior de los establecimientos. La intervención significó un verdadero desmantelamiento de la universidad argentina que provocó el éxodo hacia el extranjero de gran parte de la vanguardia científica nacional y el dislocamiento del sistema universitario (Ceva, Jáuregui y Stortini, 2010), sumados al posicionamiento que contribuyó a generar en los jóvenes. Por eso Alcira Argumedo señala que paradójicamente “hizo más Onganía por la nacionalización del estudiantado que cincuenta años de Reforma” (Feinmann, 2008: 2). La Universidad era un ámbito de formación por excelencia, pero como parte de esa formación se “hacía política” y se discutía acerca del “cambio de estructuras”. Al obturarse dicho ámbito, la juventud tuvo que buscar otros canales de participación, ya que por imperio de la fuerza no había libertad de expresión. A dicho posicionamiento no fueron ajenos los jóvenes militantes católicos, conmovidos también por el clima de cuestionamiento y radicalización en el contexto de una Iglesia que se renovaba a partir del Concilio Vaticano II y que efectuaba una “opción por los pobres” con la Conferencia Episcopal de Medellín, el desarrollo de la Teología de la Liberación y la praxis del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (Pontoriero, 1991; Torti, 1999; Gordillo, 1999).

Al considerarse el posicionamiento de los jóvenes católicos de aquellos años, además de tener en cuenta los aspectos doctrinarios o pastorales, no debe soslayarse la profunda transformación social, la declinación económica, la brecha entre las clases sociales y las diversas regiones del país, y el contexto político enmarcado en una dictadura militar que al obturar la participación política canalizó la protesta a través de las organizaciones católicas, que gozaban de mayor libertad de acción, pero en las cuales maduraban inquietudes gestadas desde tiempo atrás por la renovación conciliar (Di Stefano y Zanatta, 2000). “A partir de entonces, la implosión del mundo católico siguió el mismo ritmo que la del país, y una franja para nada marginal del clero y de los militantes católicos ‘tradijo’, literalmente, sus premisas doctrinarias a explícitas y activas posiciones políticas, dirigidas a abatir o a proteger, de ser necesario por la fuerza, el orden existente” (Di Stefano y Zanatta, 2000: 523). Comienzan

aquí a hacerse evidentes las diferentes posiciones entre los jóvenes más influenciados por las posturas renovadoras del Concilio Vaticano II. Un sector importante de jóvenes católicos comienza un proceso de radicalización que da lugar a la conformación de un escenario donde el enfrentamiento con la dictadura “se situaba en un plano donde los conflictos políticos eran pugnas entre católicos” (Donatello, 2010: 68).

El “Cordobazo” de mayo de 1969 marcó el principio del “fin de las ilusiones” de Onganía y de la “Revolución Argentina” (Rouquié, 1986). Se hacía evidente el fracaso por superar la crisis que la sociedad y el Estado arrastraban desde el derrocamiento del peronismo (Torti, 1999). A partir de 1970 comenzó una generalizada acción de las organizaciones guerrilleras. Dos de ellas se destacarán como las más importantes: Montoneros –a quienes se sumarían restos de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) y que luego se fusionarían con las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias)– y el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo).

El clima contestatario que se generalizó después del “Cordobazo” reconocía sus raíces en el campo intelectual y cultural propio de la década del 60. La sociedad vivía un proceso de modernización que colisionaba con la dictadura argentina y su política cultural regresiva. Se modificaban los hábitos de consumo, se desarrollaban expectativas de ascenso social, se transformaba el rol de la mujer y la moral sexual, se difundía el psicoanálisis, se creaban nuevas carreras universitarias como sociología, tomaba auge la literatura latinoamericana y florecían diversas manifestaciones del arte (Torti, 1999). En este clima se tomaba conciencia de que la crisis nacional se debía a la dependencia y se creyó con vehemencia que sólo podía superarse con la construcción del socialismo y del “hombre nuevo”, cuyo paradigma era la figura ya mítica del “Che” Guevara. Desde diversas vertientes del pensamiento –cristianismo, nacionalismo, peronismo, marxismo– se vivía una urgencia por el compromiso como forma de involucrarse decididamente en la acción política, pero en clave revolucionaria. Es en estas coordenadas que muchos intelectuales sufrieron un proceso de “autoculpabilización” política, por haber vivido alejados del pueblo y no haber comprendido al peronismo (Torti, 1999). Paralelamente a ello una franja importante de los sectores medios se “peronizó”. El movimiento estudiantil procesó en las universidades la revuelta cultural, la crisis de la izquierda nacional y la “peronización” de los sectores medios (Torti, 1999). Por su parte, en el movimiento obrero se desarrollaron tendencias “combativas” y “clasistas”, constituyendo uno de los rasgos sobresalientes de la protesta social y la agitación polí-

tica que alcanzaron su punto neurálgico en Córdoba con los sindicatos de Sitrac-Sitram, planteando un fuerte desafío a la burocracia sindical peronista (Gordillo, 1999).

Los Montoneros se presentaron ante la opinión pública con un hecho espectacular: el secuestro y posterior ejecución del general Pedro Eugenio Aramburu. Este hecho precipitó la caída de Onganía, que fue reemplazado por el general Roberto Marcelo Levingston (Rouquié, 1986). Su gestión será breve, debido a desinteligencias con el comandante en jefe del Ejército, Alejandro A. Lanusse, quien lo reemplazó en la presidencia. El ignoto presidente había defraudado las expectativas de Lanusse, que había esperado que actuara como su vicario. El nuevo presidente militar jugó su carta al “Gran Acuerdo Nacional” para negociar con Perón desde una posición de fuerza, condicionar su regreso y evitar que el peronismo revolucionario le impusiera a Perón el proyecto de “socialismo nacional” (Rouquié 1986; Torti, 1999; Gordillo, 1999). Pero la respuesta de los sectores más radicalizados fue “ni golpe ni elección, revolución” (Torti, 1999). Desde esta perspectiva, la violencia era una legítima defensa frente a un sistema opresor, y era además necesaria para obligar a la dictadura a permitir el regreso de Perón. Sin embargo, al volverse realidad el proceso electoral, las organizaciones armadas y los sectores duros de la Nueva Izquierda fueron deteniendo su crecimiento y luego, durante el gobierno constitucional surgido en 1973, entrarán en una fase de progresivo aislamiento (Torti, 1999). Pero Lanusse perdió la partida de ajedrez madrileño, a Perón “le dio el cuero”⁴ y retornó a la Argentina, después de casi dieciocho años de exilio, aunque proscrito mediante una argucia legal que determinaba que quien no estuviera en el país antes del 25 de agosto de 1972 no podría ser candidato. Como respuesta a este requisito impuesto por la dictadura, la militancia de la Juventud Peronista escribía en las paredes de los barrios de Buenos Aires: “Lanusse, marmota, Perón vuelve cuando se le cantan las pelotas”⁵. Efectivamente, regresaría y volvería a ser presidente, pero en un contexto de enorme tensión y enfrentamiento interno en el movimiento peronista –posteriormente a su muerte y al breve gobierno de su viuda María Estela Martínez–, desembocaría en la dictadura militar más sanguinaria de

4. En una actitud de provocación, Lanusse había afirmado en un discurso frente a camaradas de las Fuerzas Armadas que a Perón “no le da el cuero para volver”.

5. Recuerdo haberlas visto en Moreno y en distintas localidades del Gran Buenos Aires.

nuestra historia que, violando sistemáticamente los derechos humanos más elementales, dejaría la secuela de miles de desaparecidos.

¿Por qué el peronismo no pudo ser erradicado pese a la proscripción, la persecución y los fusilamientos? Quizás porque fue la expresión política de una identidad cultural, de allí su vigencia. Probablemente hunda las raíces de su resistencia, su lucha y su vigencia en los tiempos de la proscripción y en la idiosincrasia misma de vastos sectores populares que se sintieron representados en una identidad cultural peronista. Lo cual podría ser una hipótesis para futuras indagaciones.

Conclusión

Indudablemente el peronismo sigue desafiando a nuevas interpretaciones debido a la complejidad en la tarea de aprehender su naturaleza. Más allá de las polémicas teóricas que ha despertado –y lo sigue haciendo–, no se puede negar su vigencia luego de 1955, pese al derrocamiento, la proscripción y los fallidos intentos de “integración”.

Desde la tradición liberal argentina se ha señalado que el peronismo presentó aristas críticas –que deben ser ponderadas contextualmente– en el ejercicio concreto del poder, típicas de una democracia plebiscitaria: interpretación binaria de la realidad, desconocimiento de la alteridad y falta de diálogo y negociación. Pero es evidente que la mayoría de las clases populares adhirieron con compromiso y lealtad a un movimiento y a un conductor que generaron condiciones reales y concretas, no sólo de ascenso social, sino también de verdadero protagonismo de los trabajadores en la vida social y política de la Argentina, pese a la “movilización controlada” del Estado a través del verticalismo burocrático de los sindicatos y de la CGT. El “pueblo” se sintió expresado por ese gobierno que sintió como propio.

La autodenominada Revolución Libertadora no pudo erradicar al peronismo y, en el contexto de crítica y compromiso de las décadas del 60 y del 70, amplios sectores juveniles redescubrieron el peronismo en clave revolucionaria epocal. Entre ellos, numerosos jóvenes católicos que acompañaron con fervor los cambios promovidos por el Concilio Vaticano II y la opción por los pobres de la Conferencia Episcopal de Medellín. Los sectores más radicalizados se expresaron en las movilizaciones populares, cuyo paradigma fue el Cordobazo y en el surgimiento de la guerrilla, que obligaron a la dictadura a negociar con Perón su regreso a cambio de neutralizar al peronismo revolucionario y las “formaciones especiales” que Perón había alentado. Se hacía así evidente el fracaso de la Revolución Libertadora frente al hecho palmario del retorno del peronismo al gobierno.

Bibliografía

- Calveiro, P. (2008): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en la Argentina*. Buenos Aires, Colihue.
- Ceva, M., A. Jauregui, A. y J. Stortini, editores (2010): *Manual de historia social argentina*. Tomo I, 1852-1976. Buenos Aires, Prometeo.
- Conniff, M., editor (1982): *Latin America populism comparative perspective*. New Mexico, Albuquerque.
- Cooke, J.W. (1973): *La revolución y el peronismo en su lucha por la liberación nacional*. Buenos Aires, Granica.
- Luciano De Privitellio (2009): *El imperio de la voluntad popular: fraude y el estudio de las elecciones en la primera mitad del siglo XX*. Santiago del Estero, Fundación Cultural.
- Di Stefano, R. L. y Zanata (2000): *Historia de la iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*. Buenos Aires, Grijalbo Mondadori.
- Donatello, L.M. (2010): *Catolicismo y Montoneros. Religión, política y desencanto*. Buenos Aires, Manantial.
- Feinman, J.P. (2008): "Peronismo. Filosofía política de una obstinación argentina. Los 18 años de lucha". Suplemento especial de *Página 12*.
- Germani, G. (1968): *Política y sociedad en una época en transición*. Buenos Aires, Paidós.
- Gordillo, M. (1999): "Movimientos sociales e identidades colectivas: repensando el ciclo de protesta obrera cordobés de 1969-1971". En *Desarrollo Económico*, volumen 39, número 155.
- Halperín Donghi, T. (1992): *Historia contemporánea de América latina*. Buenos Aires, Ariel.
- Hobsbawn, E. (1998): *Historia del siglo XX*. Buenos Aires, Crítica.
- Huntington, S.P. (1979): *El choque de civilizaciones*. Buenos Aires, Paidós.
- James, D. (1999): *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Macionis, J. y K. Plumies (2000): *Sociología*. Madrid, Prentice Hall.
- Manson, E. (2000): *Argentina en el mundo del siglo XX*. Buenos Aires, Caligraf.
- Melón Pirro, J.C. (2009): *El peronismo después del peronismo: resistencia, sindicalismo y política luego del 55*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- O'Donnell, G. (1996): *El Estado Burocrático Autoritario, 1966-1973. Triunfos, derrotas y crisis*. Buenos Aires, Belgrano.
- Plotkin, M. (2013): *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*. Caseros, EDUNTREF.
- Pontoriero, G. (1991): *Sacerdotes para el Tercer Mundo: el fermento en la masa*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- Puelles, M. (1968): "Juventud en crisis". En *Palabra*, Órgano de la Junta Central de la ACA. Año XXVIII, número 9.
- Rein, Raanan (1998): *Peronismo, populismo y política. Argentina 1943-1955*. Buenos Aires, Belgrano.
- Romero, V. (2008): "En Praga sólo queda el recuerdo de aquel 68". En *Página 12*, 20 de agosto.
- Rouquié, A. (1986): *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires, Hyspamérica.
- Salomón, A. (2012): *El peronismo en clave rural y local: Buenos Aires, 1945-1955*. Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Tato, M.I. (2009): "Nacionalistas y conservadores entre Yrigoyen y la 'década infame'". En Lilia Ana Bertani y Luciano de Privitellio: *Conflictos en Democracia. La vida política argentina entre dos siglos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Torre, J.C. (1994): "A propósito del Cordobazo". En revista *Estilos*, Córdoba, número 14.
- Torti, M.C. (1999): "Protesta social y 'Nueva Izquierda' en la Argentina

del Gran Acuerdo Nacional". En Alfredo Pucciarelli, editor: *La primacía de la política, Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires, Eudeba.

Veiga, G. (2010): "Recuerdos del informe de la dictadura de Aramburu sobre el peronismo". En *Página 12*, 19 de septiembre.